
Gómez Calvo, Javier, *No vuelvas si no vences. Perpetradores y víctimas en la España del odio*, Madrid, Tecnos, 2024, 196p. ISBN: 9788430990269. 14,50€ 

Prólogo. Vecinos, banderizos y perpetradores (Antonio Rivera). Prefacio. Microhistoria de la violencia política. Capítulo 1. DE LAS GUERRAS BANDERIZAS A LA BRUTALIZACIÓN DE LA POLÍTICA. I. Protohistoria de las banderías. II. La República que llegó en una cesta. III. De un Sanatorio y de unas escuelas. IV. La violencia como estrategia política. V. El día de la ira. Capítulo 2. VIVIR Y SOBREVIVIR EN 1936 (Y DESPUÉS). I. Tradición, verdad y razón. II. El eterno verano de 1936. III. Bienvenido, Mr. Albo. IV. Perpetradores y colaboradores: la Junta de Investigación. V. Cortar raíces, depurar malezas. VI. Sin correo y sin telégrafo. VII. La guardia en los caminos. VIII. Maestros de la República. IX. El expolio irregular. X. La regularización del saqueo. Capítulo 3. LA GESTIÓN DE LA VICTORIA. I. Aquellos hombres grises. II. Los camorristas y sus patrocinadores. III. Cautivos y desarmados. IV. Laguardia en guardia. Epílogo. Sobre cuándo terminó aquello. Bibliografía.

No es sencillo hablar de victimarios, como se ha puesto de manifiesto recientemente. El profesor Juan Antonio Ríos Carratalá ha sido condenado tras la demanda interpuesta por el hijo de un participante en el proceso contra Miguel Hernández durante la guerra civil. No son raros los investigadores que se autocensuran para evitar conflictos judiciales y evitan dar nombres de participantes en la represión pese a constar en las fuentes. Los descendientes de algunos de ellos recurren a la figura del derecho de supresión o derecho al olvido, según el cual se puede «**limitar la difusión universal e indiscriminada de datos personales en los buscadores generales cuando la información es obsoleta o ya no tiene relevancia ni interés público, aunque la publicación original sea legítima**». Y la colisión está servida, porque la información histórica presenta evidencias de comportamientos que desde la sensibilidad actual se consideran lesivos para un derecho al honor extendido durante generaciones. Pero esto no implica tampoco carta blanca para el historiador, ni que se convierta en un juez *a posteriori*, dictando sentencias absolutorias o condenatorias. Situaciones así obligan a asumir los componentes éticos del trabajo sobre la historia y a ser conscientes de las muchas implicaciones que tiene asomarse al pasado.

Por eso es especialmente relevante un trabajo como el presente, en el que se hace un estudio microhistórico de la represión y de sus protagonistas, las víctimas, pero sobre todo los victimarios, en el marco del pueblo alavés de Laguardia, un microcosmos en el que se muestran los mecanismos de relación, control y violencia ejercidos en tiempos de ruptura de normas y alteración de los patrones de convivencia, pero también en la cotidianidad que domina los tiempos entre estallidos de odio. A partir de documentación original, algunas entrevistas y una buena información gráfica, se muestra la situación de tensión en un conflicto que no fue fruto del momento, sino el resultado de un tiempo de maduración, la culminación de un enfrentamiento larvado entre fuerzas opuestas que se mostró con toda su dureza cuando las circunstancias favorecieron la ruptura de una

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN 28 (1), 2025: 457-460 [1-4] [ISSN: 1139-0107; ISSN-E: 2254-6367] 457
DOI: <https://doi.org/10.15581/001.28.1.027>



Universidad
de Navarra

FACULTAD DE
FILOSOFÍA
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA
DEL ARTE
Y GEOGRAFÍA

RECENSIONES

convivencia que venía siendo problemática desde tiempo atrás. Cuando en 1912 Pío Baroja pasó por Laguardia, le pareció el marco idóneo para ambientar el inicio de las novelas protagonizadas por Aviraneta. En 1913 se publicó la primera, *El aprendiz de conspirador*, y en ella representaba una división entre tradicionalistas y liberales gráficamente expresada en una sociabilidad enfrentada: «Si la tertulia tradicionalista aristocrática era una indivisible, como la república de Robespierre, las tertulias liberales, por el contrario, eran múltiples, cambiantes, de varios matices, representación de las nuevas ideas, por entonces mal conocidas y deslindadas, sin un credo completamente claro y definido» (*Memorias de un hombre de acción*, I, Madrid, Biblioteca Castro/Fundación José Antonio de Castro, 2008, pp. 53-4). La descripción de la tipología humana de 1837, tanto carlista como liberal, bien podría tenerse por una idealización ficcionada del enfrentamiento secular que tuvo uno de sus estallidos recurrentes en 1936. Pero como señala Antonio Rivera en el prólogo, no todo puede ser un enfrentamiento permanente y llega el momento de una convivencia desigual, en la que las relaciones conflictivas permanecen, dependiendo de quién domine y del motivo del enfrentamiento. Esto hace que la mirada requiera un tono antropológico, que el libro aporta, para facilitar la comprensión de los estallidos violentos, de la persistencia de una brutalización tanto de la política como de la convivencia. Después de un siglo de enfrentamientos civiles, es difícil asumir el olvido de lo que había enquistado las relaciones y es necesario atender al contexto en el que se desarrolló el enfrentamiento endógeno, como se señala en las conclusiones. Casi podríamos hablar de una violencia banal, parafraseando a Michael Billig, lo que no significa quitarle importancia, ni relativizarla, sino asumir que se hizo cotidiana, porque como señala Javier Gómez Calvo, no solo era aquella que provocaba muertos y heridos, sino la que marcaba las relaciones, creaba bandos y estallaba explícitamente en momentos concretos. Esto es lo que reflejaba Baroja al describir a los integrantes de la tertulia tradicionalista de Laguardia, la del «figón del Calavera, punto de cita del elemento reaccionario rural, ignorante y bárbaro, el más abundante del pueblo» (*Ídem*, p. 56). Ahí se fraguaban los odios de que habla el título de este libro y se forjaron los asesinatos que acabarían llegando. Como señala al hablar del juicio por un incidente de 1934 en Lapuebla de Labarca, un pueblo vecino a Laguardia, «aquel enfrentamiento más que puramente ideológico, fue una riña entre paisanos adscritos a bandos vecinales que la política moldeó, pero no creó; existían antes de 1931» (p. 138). Y estos factores también deben tenerse en cuenta como trasfondo para una violencia perpetuada o, al menos, de larga duración.

Otro elemento central en este libro y en lo que toca a tiempos en los que víctimas y victimarios convivían, es lo relativo a la memoria. La elaboración del recuerdo, su adaptación a las circunstancias y su uso como fundamento crea una memoria que, como señala el autor, «ni interpreta como la Historia ni reconstruye el pasado con la exactitud milimétrica del cronista, sino que utiliza el *Ayer* a conveniencia del *Hoy*» (p. 17), un espacio para la propaganda, en definitiva. Cargados como estamos de pasado, es difícil esquivar unos recuerdos que se elevan con la fuerza de mitos transmitidos a través de las generaciones, como cuando los jóvenes tradicionalistas de 1936 volvieron a echarse al monte, comportamiento que sus padres «se lo habían transmitido con la misma pasión que a ellos les narraron historias sus abuelos, eternos perdedores, pero siempre irredentos y obstinados» (p. 47). De ahí el título del libro: *No vuelvas si no vences*, un adagio repetido

RECENSIONES

desde el siglo anterior y que mostraba la persistencia y arraigo de la memoria del grupo, y en este caso, en su versión de Laguardia.

Este es el tipo de matizaciones que este libro, con su aproximación microhistórica, aplica a muchos lugares comunes, por ejemplo, «que los grandes actores del escenario *macro* ni gestaron ni gestionaron el derroche de sangre» (p. 19), pues, de hecho, «la represión se ejecutó desde abajo, sin necesidad de dirección ni estímulo por parte de autoridades civiles supramunicipales» (p. 138); o las continuidades presentes de unas luchas que en modo alguno se pueden equiparar, borrando interesadamente las líneas de tiempos y circunstancias muy distintas. Por eso es interesante la afirmación del autor de que «[a]bundan así interpretaciones maniqueas y simplistas de la época y en las que, muy habitualmente, se omite el largo recorrido de la historia para centrarse en un tiempo más corto y muy limitado espacialmente» (p. 37). Es el caso de la represión a los maestros, analizada en muchas ocasiones por las sacas y asesinatos, y menos por las purgas y represalias; o el papel de la Guardia Civil, en Laguardia protagonista menor de la represión, al estar subordinada «a los deseos de venganza y revancha del bloque carlista» (p. 133). Estos usos presentes del pasado, como han denunciado Enzo Traverso, Margaret Macmillan, Juan Sisinio Pérez Garzón, Moses Finley o Tzvetan Todorov, implican una voluntad de enjuiciar más que de comprender y, por supuesto, como señala Javier Gómez Calvo, sin tener en cuenta los procesos de donde procedía la violencia desatada ni su profundidad temporal. Tampoco buscan entrar en la tensión del día a día, en la antropología de un conflicto que derivaba en la elaboración de listas negras, decantadas en años de enfrentamientos, o la apropiación de las víctimas, evitando que fueran a parar a lugares o a manos equivocadas. Esa antropología se puede rastrear, por tanto, en que «la violencia física solo fue la cara más virulenta y atroz de una estrategia diseñada no con un propósito exterminista [...], sino con el fin de administrar las heridas abiertas para generar miedo perpetuo, adhesiones inquebrantables y silencio» (p. 71).

En Laguardia, la presencia de un carlismo dominante sirvió como instrumento de control en el tiempo de la guerra civil de 1936, con buena parte de los victimarios en sus filas, fruto de conflictos previos y antecedente de una posguerra en la que ese dominio resistió el paso del tiempo. Pese a las dificultades para localizar la información, en el libro se habla de ellos de forma concreta, más allá de generalizaciones, como integrantes de una comunidad de la victoria. Las depuraciones fueron un campo de acción del tradicionalismo local, como muestra la carta de la página 96, pero también el saqueo institucionalizado, una forma de represión incruenta pero enormemente lesiva contra aquellos a los que se consideraba enemigos, o la simbólica a todos los niveles, especialmente dura contra las mujeres. Todo ello, en el fondo, tenía el objetivo «de sancionar su expulsión del cuerpo social o de hacerle pagar por los “pecados” cometidos» (p. 122). Porque, de hecho, la violencia física fue disminuyendo a partir de 1939, pero no desaparecieron esas otras manifestaciones de coerción que los vencedores seguían ejerciendo, como las delaciones.

Tal vez pudiera parecer que lo recogido en las páginas de este libro se limita a la cara más negra de la historia. Y sin embargo, junto a otras, esa cara existió y es necesario conocerla con la mayor precisión, no tanto para caer en la ingenuidad de que el conocimiento pueda evitar su repetición, pero sí al menos con el fin de que no genere falsos



Universidad
de Navarra

FAULTAD DE
FILOSOFIA
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA
Y GEOGRAFIA

RECENSIONES

mitos y relatos interesados. Para esta finalidad, este libro resulta de gran ayuda, aunque leerlo implique una experiencia dolorosa, aunque necesaria.

Javier Gómez Calvo es doctor en Historia Contemporánea por la Universidad del País Vasco (UPV-EHU). En la actualidad es investigador adscrito al Instituto de Historia Social Valentín de Foronda y profesor en la Universidad Isabel I de Castilla. Entre sus libros destacan su tesis doctoral, publicada como *Matar, purgar, sanar. La represión franquista en Álava* (2014), *Las caras de la represión en la Guerra Civil y en la postguerra en Euskadi (1936-1965)* (2023); *Esclavos de Orduña (1937-1941)* (2024); y el reciente *Paseo de la perra gorda. Guerra civil y violencia política a orillas del Ebro* (2025).

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra

 <https://orcid.org/0000-0002-6754-5756>